



SIN ÉL, SOMOS UN VACIO DOLIENTE

Si tuviéramos un poco de memoria para las cosas de Dios, caeríamos enseguida en la cuenta de que Él nos ha dicho una y mil veces al oído del alma- que es como Él suele decirnos sus cosas- que somos radicalmente distintos con Él o sin Él.

Muchas veces hemos desoído a Dios que nos habla como un susurro, pero otras veces nos habla zumbando en nuestro espíritu como un trueno y tampoco le hacemos caso. ¿Hemos pensado en lo que somos en realidad sin Dios?

Sin Él somos como un pájaro que busca, sin hallar alguna rama en la que posarse o como un globo de colores traído y llevado sin rumbo por todos los vientos.

Efectivamente sin Dios, somos poco más que un vacío doliente. Y esta es la gran confesión que se nos escapa en nuestro interior a favor suyo: que o estamos con Él o estamos muy lejos de su lado. Que o nos dejamos inundar por su cercanía o nos quedamos completamente a oscuras.

O contamos con Él, o de lo contrario, no somos nosotros mismos. Ese es el dilema..Un tallo sin la savia está muerto. Un cirio sin la llama luciendo no sirve de nada.

Nosotros sin Él no tenemos ni peso ni medida. Somos como esos muñecos con que se juega en el teatro de guiñol....., hasta que llega la mano del artista y con su mano les da vida y sentido a sus movimientos.

Algo así nos ocurre a nosotros con Dios. Sin Él no tenemos ni forma, ni consistencia, ni esperanza. Pero si Él viene y se acerca y nos habita, entonces sentimos crecer la vida por dentro de nosotros y empezamos a ser y a caminar.

Ni más ni menos que como Adán, que tuvo que esperar el soplo de Dios para poder ponerse en pie. Así pudo celebrar su Pentecostés. ¿Y nosotros, nos apuntaremos al soplo que Dios también nos envía?